

vesar nuestras columnas diferenciábanse entre sí no sólo por la configuración del suelo, la temperatura y la vegetación, sino también y sobre todo por sus condiciones de salubridad. Los europeos se aclimataban perfectamente en las tierras templadas ó frías, pero no en las calientes: en Veracruz y en toda la región baja, el clima, ya bastante malsano en el resto del año, llegaba á ser pernicioso en la estación de las lluvias (desde abril á septiembre), durante la cual reinaba allí la fiebre amarilla, el *vómito*, afección siempre grave, á menudo mortal, que atacaba de improviso á los más robustos. La gente del país era menos accesible al mal, ya porque estuviera acostumbrada á las influencias morbosas, ya porque habiendo padecido una vez la enfermedad, fuera en lo sucesivo refractaria á la misma; pero para los extranjeros, y particularmente para los recién desembarcados, el peligro era terrible y de los que en pocas semanas pueden aniquilar á todo un ejército.

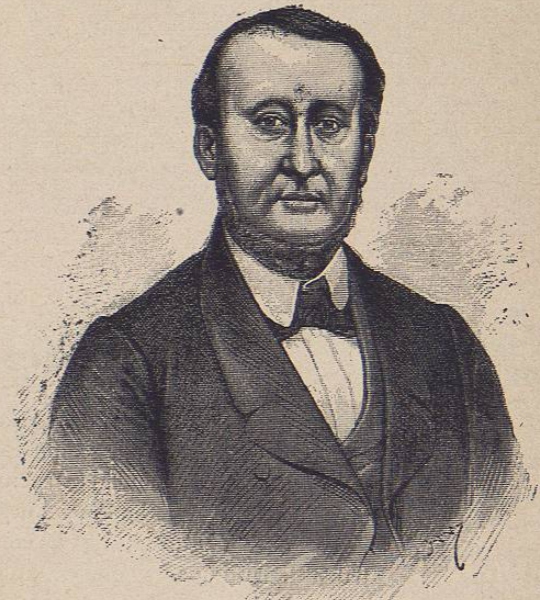
Esta grave preocupación dominaba á todas las demás. Comenzaba entonces el mes de febrero y ya la influencia debilitante de las regiones bajas había aumentado el número de enfermos en proporciones inusitadas; dos meses más y aparecería la fiebre amarilla, de suerte que antes de dos meses era preciso ó reembarcarse ó buscar en regiones más elevadas vivaques más propicios.

Nadie pensaba en embarcarse de nuevo; en cuanto á internarse en el país, era posible, pero ¿con qué título y en qué forma? Durante los primeros días habíase esperado un llamamiento del interior; mas el tiempo transcurría, y á pesar de las seguridades del Sr. Dubois de Saligny, no llegaba á los nuestros ninguna ayuda material, ningún estímulo positivo, ni siquiera una promesa. ¿Nos abriríamos paso por medio de las armas? Las objeciones que á esto se oponían no dejaban de ser bastante serias: en primer lugar, los contingentes eran muy reducidos para grandes operaciones; en segundo, esta actitud resuelta, que convenía al almirante Jurien ó al Sr. de Saligny, ¿sería del agrado de los ingleses, decididos á no aventurarse tan lejos de las costas, y del general Prim, cada día más inclinado á unirse á sir Carlos Wyke? Por último, el equívoco en las palabras había determinado cierto equívoco en las cosas: conquistar por la fuerza nuevos vivaques era tratar á los mexicanos como enemigos; pero ¿eran enemigos los mexicanos? Desde hacía un mes, en todas las proclamas no se hablaba más que de regenerarlos.

De esta situación enmarañada iban á surgir varias negociaciones que acabarían de embrollar los papeles y de tal modo acumularían las obscuridades, que nadie sabría ya á título de qué nos encontrábamos en México, si como adversarios ó huéspedes benévolos, como acreedores indignos ó mensajeros de amistad, como protectores de la república ó fundadores de imperio.

Debiendo partir para México los oficiales encargados de llevar la nota relativa á las reclamaciones financieras, se les dijo que sondearan al gobierno mexicano acerca de la necesidad de proporcionar á los aliados vivaques salubres en donde pudieran esperar el pago de las indemnizaciones y la reorganización del país. Tenía entonces Juárez de ministro de Negocios extranjeros al Sr. Doblado, personaje muy independiente, avezado á las intrigas, consejero del presidente, bien que sólo en ciertas ocasiones, y dispuesto á servirle ó á abandonar-

le según conviniera á sus propios intereses. Había adivinado las disensiones de los aliados y se había convencido de que la astucia era el mejor medio de desembarazarse de ellos y quién sabe si pensaba también en labrar su fortuna apoyándose en uno ú otro de los jefes europeos, por ejemplo en los ingleses, muy dispuestos á transigir con el partido liberal. En esta disposición de ánimo, Doblado recibió perfectamente á los enviados, y desplegando la más insinuante sencillez, fingió no ocultarles nada: díjoles que era «indiscutiblemente notorio» que todos los Estados obedecían al gobierno constitucional y que únicamente subsistían algunas partidas de rebeldes; y les añadió, aparentando gran confianza y



D. Manuel Doblado

abandono, que si seis meses antes la intervención de las potencias europeas no habría disgustado al país, en el estado actual aquella ayuda era verdaderamente inoportuna. Por lo demás, Doblado no se quejó de la presencia de los aliados, antes al contrario, decía con desconcertante aplomo que podrían llevar á Europa el testimonio de que proseguía la gran obra de la pacificación de México ajustada á los principios bien entendidos de la libertad y del progreso. Cuando se abordó la cuestión de las reclamaciones financieras, el ministro mexicano habló de ellas con el mismo tranquilo aplomo: «Se hará justicia, decía; pueden entablarse las negociaciones;» y añadía con una contrición de buen augurio: «Nuestro gobierno desea realzar su crédito, lastimado por faltas involuntarias.» La conclusión de todas aquellas gestiones fué que los representantes de las potencias, acompañados de una escolta de 2.000 hombres, fuesen á Orizaba para entrar en tratos; y con una ingenuidad no exenta de descaro, añadía Doblado que el resto del ejército se reembarcaría, con lo cual el convenio no tendría, á los ojos de la nación mexicana, el vicio del aparato de fuerza.

Cuando al regreso de los emisarios oyó hablar el almirante Jurien de reembarco, pensó en acabar de una vez con las engañosas negociaciones y ocupar violentamente los campamentos que nos eran indispensables; pero para ello había de contar con sus aliados. Sir Car-



los Wyke, antes tan poco claro en sus despachos, parecía cada vez más inclinado al partido liberal: «Doblado, escribía, es un hombre de verdadero talento... Su respuesta es, en resumidas cuentas, satisfactoria, salvo lo del reembarco, que es inadmisibles.» Y añadía al día siguiente, en un despacho a lord Russell: «Doblado ha centralizado las fuerzas del gobierno..., pronto podremos tener en este país un gobierno sólido é inteligente, deseoso de tratar con nosotros y de dar oídos á nuestras reclamaciones (1).» Prim, por su parte, opinaba también que la situación había mejorado mucho. Así las cosas, decidió aplazar aún todo lo que hubiera podido parecer hostilidad, y se expidió un nuevo mensaje á México diciendo que los aliados se dirigirían muy pronto á Orizaba y Jalapa y que esperaban encontrar allí un recibimiento amistoso.

Sin embargo, la situación, á medida que se prolongaba, era cada vez más extraña. Los franceses y los españoles habían llevado sus cuerpos de tropas más allá de Veracruz y ocupaban La Tejería, San Juan y Medellín; delante de ellos extendíanse los campamentos juaristas, y unos y otros se observaban, aunque sin llegar á las manos. Si nuestros procedimientos eran contradictorios, no lo eran menos los de los mexicanos. Estos habían confiado la vigilancia de nuestras líneas al general Uruga, que en todas ocasiones procuraba hacer resaltar su buen proceder para con nosotros; y entre las avanzadas de ambos campos reinaban las más corteses relaciones, sucediendo á veces que se hacían recíprocos presentes como para afirmar la buena vecindad (2); pero, á pesar de estas muestras de simpatía, había sido temporánea la confianza. Pocos días antes, el 25 de enero de 1862, Juárez había dictado una ley, que no tardó en ser designada con el nombre de *ley mortuoria* y que castigaba con pena capital á todos los mexicanos que mediante ayuda, entrega de armas, aceptación de empleo ú otra complicidad cualquiera, prestaran su concurso á los invasores. En el entretanto, Saragoza, que había reemplazado á Uruga, quejóse de que los europeos extendieran sus campamentos y en un despacho de tonos en extremo agresivos les notificó que toda tentativa para avanzar sus vivaques sería rechazada por medio de la fuerza... En vista de la irritación que esto produjo en los aliados, Doblado desautorizó á Saragoza y se consagró con gran solicitud á calmar las cóleras. Pero ¿á quién había que creer? ¿A Juárez que, en nombre del gobierno mexicano, castigaba con pena de muerte á todo el que nos ayudara, ó á su ministro Doblado que, en nombre de aquel mismo gobierno, nos daba las mayores seguridades y nos prodigaba sus caricias?

En medio de todos estos síntomas contradictorios, el estado sanitario continuaba siendo la gran preocupación: la permanencia en las *tierras calientes* comenzaba á producir su efecto acostumbrado; el general Prim había tenido que mandar ochocientos enfermos á la Habana y los franceses tenían cerca de cuatrocientos inútiles por enfermedad. ¿Qué sería cuando hiciera estragos el terrible vómito? Era, pues, preciso subir á toda costa á las mesetas. Después de varios mensajes, los delegados de los aliados y los del gobierno mexicano convinieron

(1) *Correspondence relating to affairs of Mexico*, págs. 29-31.  
(2) Véase Niox, *Expédition du Mexique*, pág. 73, nota.

en celebrar el 19 de febrero una conferencia, designándose como punto de reunión primero el Rancho de la Purga y luego la Soledad. Prim, que era el más importante de los jefes europeos, fué designado para representar á sus colegas; el representante de Juárez sería Doblado.

Prim era fácil de conquistar, pues poco deseoso de trabajar en favor de Francia, inclinábase hacia Inglaterra. La empresa, vista desde lejos, había podido ofrecer aspectos grandiosos, pero de cerca el sueño revestía menores proporciones y parecía desvanecerse, y de todos modos, si alguna vez se realizaba, no sería en provecho de España. Doblado, presintiendo esta disposición de ánimo en el caudillo español, desplegó todas sus habilidades y sobre todo lo más importante, que era la moderación: lejos de ensalzar desmesuradamente su patria, juzgóla con singular imparcialidad, como hubiera podido juzgar á un pueblo extranjero; dijo que el gran mal de México era la existencia de una clase turbulenta que sólo vivía de la guerra y llevaba su audacia al extremo, mientras que el resto de la nación llevaba al extremo su timidez; y descendiendo de estas generalidades, habló de intervención, pero sin cólera y con insinuante abandono. «Tenemos vivos deseos, añadió, de una solución pacífica; pero es preciso que ustedes nos ayuden. Unas condiciones demasiado duras, aun cuando nosotros las aceptáramos, exasperarían al país y determinarían la reproducción de la anarquía que les quitaría á ustedes las últimas probabilidades de obtener la satisfacción de sus agravios.» Doblado, cual si quisiera provocar una declaración en sentido contrario, insistió en los rumores que en público circulaban y según los cuales los franceses acariciaban proyectos monárquicos y los españoles aspiraban á restablecer su antigua dominación. Al oír estas palabras, Prim le interrumpió y negó todo propósito de atentar contra la independencia mexicana, calificando de ridículas las supuestas ambiciones de España. Estas explicaciones preliminares permitían presagiar que se llegaría á una avenencia. Doblado, al consentir que se establecieran los campamentos en las mesetas, manifestó el temor que le causaba el hecho de introducir á los aliados en el corazón del país: «Que no quede por esto, replicó Prim; en caso de que fracasasen las negociaciones, retrocederemos hasta el pié de las alturas, sin perjuicio de recobrar al día siguiente por la fuerza las posiciones que habremos abandonado.» Animado por el tono amistoso de la conversación, el ministro de Juárez intentó sondar el ánimo de su interlocutor para ver hasta dónde podría aventurarse en sus peticiones y solicitó el reconocimiento del gobierno republicano; Prim se negó á ello, pero suavizando su negativa: «No tienen ustedes, le dijo, necesidad de que les reconozcamos, desde el momento en que declaran ustedes que son bastante fuertes para mantener un orden sólido y duradero.» Promoviése un debate acerca de la entrega de la aduana á las autoridades indígenas, pero esta cuestión quedó sin resolver. Finalmente Doblado pidió que la bandera mexicana ondease en Veracruz al lado de las aliadas, y Prim, que un mes antes, contestando á un jefe de guerrillas, había declarado insostenible tal petición, entonces la estimó justa y con esta última concesión terminó la conferencia.

Era muy entrada la noche cuando Prim regresó á

Veracruz, en donde le esperaban sus colegas, impacientes por conocer el resultado de aquella entrevista. El general mostróse encantado de todo cuanto había visto: «Doblado, dijo, es un hombre de inteligencia superior y de excelentes maneras, y conoce admirablemente los asuntos de su país;» y añadió, acentuando su optimismo: «Parece muy franco y muy sincero.» Los dos negociadores habían preparado un proyecto de convenio que los ingleses aceptaron desde luego y los franceses, después de algunas críticas, admitieron no por gusto, sino por la imposibilidad de encontrar otra solución. Por virtud del *Convenio de la Soledad*, como se le llamó luego, los representantes de las potencias aliadas se obligaban á no atentar «contra la independencia, la soberanía y la integridad del territorio de la República,» á cambio de lo cual las tropas europeas podrían instalarse en las tres ciudades de Córdoba, Tehuacán y Orizaba y en los radios naturales de las mismas, y permanecer en ellas mientras durasen las negociaciones relativas á las reparaciones é indemnizaciones. Estas conferencias se inaugurarían, según se determinó más adelante, el día 15 de abril y si por casualidad las negociaciones fracasaban, los aliados se comprometían á evacuar los vivaques que les habían sido concedidos y á retroceder hasta la entrada de las tierras calientes (1).

Doblado, al regresar adonde estaba Juárez, pudo vanagloriarse con razón de haber logrado un éxito memorable: en efecto, seis meses antes el Sr. Dubois de Saligny y el mismo sir Carlos Wyke no encontraban frases bastantes con que injuriar al débil é insolvente gobierno mexicano, y en 19 de febrero de 1862 uno y otro proclamaban que aquel mismo gobierno «contaba con los elementos de fuerza y de opinión necesarios para sostenerse contra toda revolución intestina (2).» En el programa de los aliados, ó cuando menos en el de Francia, la empresa tenía por objeto una reorganización de México, sin contar con Juárez ni con sus amigos, y tal vez hasta en provecho de la monarquía; ahora, en cambio, el convenio de la Soledad declaraba intangible la república. Los franceses habían ido á México como regeneradores y los ingleses como acreedores irritados, y ya no sólo no se hablaba de regeneración, sino que los mismos acreedores, singularmente apaciguados, aceptaban la hospitalidad del deudor mientras se discutía la deuda, hospitalidad que además sería precaria, pues en el caso de no llegar á una avenencia, el acreedor se vería obligado á emprender una retirada muy parecida á una expulsión. Tal era el tratado de la Soledad, documento muy poco conforme con la razón, pero al propio tiempo muy necesario. Hay faltas iniciales de las que á menudo se deriva toda una larga serie de faltas secundarias; y aquí la falta inicial estaba en el convenio de Londres, de redacción tan equívoca; en las instrucciones, aún más equívocas, que fueron su comentario, y en la irrisoria poquedad de los efectivos organizados para una demostración pacífica, no para una guerra. Una vez desembarcados en las costas de México, ¿qué podían hacer los jefes aliados? ¿Abrirse paso á la fuerza por los caminos del interior? La diversidad de sus miras,

(1) Véase el acta de la segunda conferencia de los plenipotenciarios aliados (*Documentos distribuidos á las Cortes relativos á los asuntos de México, 1861-1862*).

(2) Artículo primero del tratado de la Soledad.

aparte de su debilidad numérica, no habría permitido una acción común. ¿Reembarcarse? No era posible. ¿Consumirse en las tierras bajas esperando que llegase la fiebre amarilla? Esta era la peor de todas las hipótesis. En tales circunstancias prefirieron transformar sus instrucciones á sacrificar inútilmente la vida de sus hombres, resolución que si no la mejor, era siquiera la menos mala; y el gobierno francés, que posteriormente desautorizó á sus plenipotenciarios, era el que menos derecho tenía á condenarlos.

El 23 de febrero Juárez ratificó el tratado, y el 26 y el 28 levantaron sus campamentos los franceses y los españoles respectivamente. Las dificultades del camino, aun sin tener que luchar con un enemigo, demostraron cuán peligroso habría sido un movimiento ofensivo realizado en país hostil; los enfermos aumentaban de día en día, y á pesar de lo poco avanzado de la estación, habíanse observado ya algunos casos de fiebre amarilla. Después de varias etapas, penosas no por lo largo del camino, sino por la insuficiencia del material y por la enervante influencia del clima, llegaron los expedicionarios al pié de las montañas; y apenas comenzaron á escalar las vertientes, sintieron muy pronto los efectos del aire más puro, terminando con paso alegre la expedición que con tantas fatigas comenzaron. Los franceses se instalaron en Tehuacán y los españoles en Orizaba y en Córdoba; una parte de esta última ciudad fué reservada á los ingleses, pero éstos no se establecieron en ella, prefiriendo permanecer en sus buques.

Cuando los últimos destacamentos franceses y españoles se alejaban de Veracruz, izóse el pabellón mexicano en la ciudad y en el castillo de San Juan de Ulloa, según disponía el artículo sexto del tratado de la Soledad; y esta alianza de emblemas rivales acababa de acentuar la confusión, llegada ya á un extremo tal que ni los más perspicaces sabían ya á qué atenerse. Un informe de sir Carlos Wyke dice que en el momento en que se izó la bandera, una fragata americana, recién arribada á la rada, la saludó con salvas. ¿Fué casualidad, demostración irónica ó un modo particular de proclamar la doctrina de Monroe? La república de los Estados Unidos, que hacía su primera aparición, aclamaba el primer triunfo de Juárez. No volveremos á verla en los tiempos siguientes porque una terrible lucha intestina absorberá toda su actividad; pero una vez terminada la guerra civil, aparecerá de nuevo dispuesta á echar en la balanza el peso de sus fuerzas, obrando así precisamente en el instante en que la confusión del principio se habrá convertido en la espantosa tragedia del desenlace.

## V

Mientras los comisionados europeos, manteniendo entre sí una armonía precaria, se ponían de acuerdo para firmar con Juárez el *convenio de la Soledad*, aflojábanse los vínculos de la alianza entre Francia, Inglaterra y España.

En los primeros días de 1862, el gobierno francés acordó aumentar el efectivo del cuerpo expedicionario, organizando al efecto una brigada de 4.000 hombres que al mando del general Lorencez se embarcaría inmediatamente para México. Los ingleses, al tener noticia de esto, experimentaron cierta inquietud y pensaron